

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

LA POESIA DE RUBEN DARIO—Por Otto De Greiff—Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Otto de Greiff, vice-rector de la Universidad Nacional, obtuvo el premio del Concurso "Simón Bolívar" (1966), patrocinado por el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica y la Compañía de Seguros Bolívar, otorgado al mejor trabajo que se presentara en homenaje en el I centenario del nacimiento de Darío. Muy merecido el galardón. Porque Otto de Greiff es un intelectual verdadero y no un simulador de cultura. Poeta extraordinario, se codea fácilmente con su hermano León en el trato de las musas. Conocemos poemas suyos que merecen figurar en la más esquivada antología del idioma español. Además, su penetración crítica, lúcida y humanística, le otorgaba el galardón que se ofreció para premiar el mejor ensayo sobre Darío. Otto ha hecho un estudio exhaustivo del modernismo en América, situando a Darío en su egregio lugar de precursor del modernismo en América y uno de los poetas claves de la literatura universal.

Darío recibió la influencia de la poesía francesa pero supo asimilarla para darnos su propio mensaje que tiene los caracteres de lo intransferible. Romántico en sus primeros tiempos, se adentró en un mundo poético en el cual el parnasianismo y el simbolismo, dejaron sus impronta. Pero Darío se liberó de influencias, porque tenía algo propio, que estaba en su sangre, en su sensibilidad, que no podía vivir únicamente de resonancias, ya que tenía algo personal que decir en un lenguaje de gran brillo, de auténtica madurez literaria.

Otto de Greiff sigue a Darío por todas las rutas de su acontecer poético. Sentía lo americano, y, por ende lo español, hasta los tuétanos. Por lo cual su poesía tiene resplandor propio, porque se alimentó de los jugos de la tierra maternal. Otros poetas de su tiempo, apenas si fueron monaguillos en la gran capilla del modernismo. Darío no. Su voz es propia, honda, deslumbrante. Y Otto de Greiff, va descubriendo sus más íntimas esencias, con un sentido crítico admirable. Se ha compenetrado con Darío para poder singularizarlo. Por tanto, su ensayo es una verdadera aproxi-

mación al gran genio poético. Es verdad que Darío y todo el modernismo, no se acercaron a la realidad social de su tiempo. Princesas y cisnes, espumas, nácares y porcelanas. Pero el tiempo poético era ese. Lo social, tratado por la poesía, corre graves riesgos. Darío quiso ser universal y enriqueció el idioma español, las posibilidades de un mundo poético desconocido por un romanticismo que lloraba sobre las copas de ajeno. Acaso en ello estriba su mayor mérito.

De todas maneras el ensayo que comentamos es una lúcida interpretación de indio choretega, que nos dejó una obra poética que resiste el ácido del tiempo. Magnífico ensayo este y ennoblecedor de Darío en su centenario.

* * *

¡PEQUEÑOS ASUNTOS!—(Prosas—Jaime Paredes Pardo—Editorial Canal Ramírez—Bogotá—Colombia—1967).

Jaime Paredes Pardo es un escritor de vocación. Rigurosamente adentrado en ella. Encuentra el mundo colombiano en sus mínimas esencias y presencias. Sus ojos de poeta se fijan largamente en las cosas menudas, tiernas, de las cuales emana un lirismo, en veces duro, otras, añorante, cuando no sollozante y rebelde. Porque mirar las cosas pequeñas con ojos líricos, entraña un compromiso con los seres humildes, sacrificados, sin nombre. Por eso Paredes Pardo, destila, gota a gota, ese zumo acre de los jugos acerbos que le ha tocado exprimir. Ama lo pequeño, aquello en lo cual no se fija nadie, máxime en un trópico virulento, donde todo es grandilocuencia, hidropesía, abultamiento. Es preciso tener un espíritu poético, una franciscana sencillez para detenerse en los seres nimios, olvidados, sin el rastreo de los grandes seres o de los paquidermos enormes.

Paredes Pardo es un poeta, ya lo hemos dicho en este Boletín. Su lirismo es de una riqueza verbal insuperable. Sus hallazgos maravillosos y dulces. Las imágenes cubren como mantos a esos pobres seres tirados en los caminos, a todos aquellos que buscan siquiera una mirada compasiva. Detenerse en las bardas del camino. Conversar con los desposeídos. Tomar entre las manos el barro caliente e indígena para construir estatuillas líricas de una caliente intimidad humanísima. La belleza pura, en sus cabececeras aparece resplandeciente en la obra de Paredes Pardo. Basta que recordemos *El libro de los oficios infantiles*, *De los duros trabajos*, *Los que esperan y su imagen* y *El libro de los animales cautivos*, para demostrar que Paredes Pardo es un escritor de hondas proyecciones y ha sacado del anonimato, las cosas, los seres, los animales, para ponerlos a caminar sobre el mundo colombiano, en una prosa arrulladora, detenida frente al mundo como una mujer que buscara las líneas de su rostro frente a un espejo. Magnífico escritor que honra las letras colombianas.

* * *

EN NOVIEMBRE LLEGA EL ARZOBISPO—Por Héctor Rojas Herazo—Novela—Premio Esso Colombiana—Año de 1967.

Hernando Téllez, con esa buída sorna que caracterizaba su vida, tan rica en contenido interior, preguntaba alguna vez, desde las páginas de *Lecturas Dominicales*, ¿qué hacemos con Rojas Herazo? Y trataba de aproximarse a este escritor-pintor, cuyas inquietudes lo han llevado a emprender tareas diversas, diversificando también sus condiciones. En una época no muy remota —diez años— Rojas Herazo escribía una prosa de plétora barroca, inflamada y silbante. Con una fina sensibilidad y una marcada sensualidad plástica, cubría el esqueleto metafísico de las ideas, con suntuosas gualdrapas de oro. Guarnecida así su prosa, se dejaba leer como quien contempla un fuego fatuo, una luz de bengala. Quedaba algo de su música en el oído atento, pero el escritor se evadía de toda posible confrontación. El preciosismo literario tiene ese defecto cardinal: que se pierde el rastro del hombre, para dejarnos la estela luminosa. Rojas Herazo era entonces, acaso lo sigue siendo, un enamorado de la forma como de una joya preciosa que debe darnos su esplendor en todo momento. Aún en la obscuridad. En los laberintos de un ritual para iniciados, gentes que sepan pesar los vocablos y se amadrinen con ellos, dejándose poseer de su esplendor.

Algo subconsciente en él, ha emergido de pronto. Ya no aspira al oro-pel y al brillo. Busca ahondar en el mundo subterráneo, en la cloaca pestilente de los residuos humanos. Si algo de eso alcanzó en *Respirando el verano*, en esta nueva novela suya, sí entra definitivamente en el túnel hediondo en el cual se pudren vidas y asciende la pestilencia fisiológica de la corrupción. Naturalmente hender entre tanta detritus residual, no es tarea fácil. Se necesita querer hacerlo. Aunque se alteren y corrompan las esencias de la buena literatura. El escritor con la pluma como azada va revolviendo los escombros de un mundo municipal, en el cual pululan larvas y todo tiene fetidez ácida de cadaverina.

Es excesivo este análisis que realiza Rojas Herazo. Es inútil y anticristiano. Porque todos participamos en alguna forma de esa descomposición moral, de esa monstruosidad fetal que se agita en negras aguas pestilentes. El escritor mismo, como todo hombre, tiene sus humores, sus óxidos, sus miserias. El papel de verdugo de esas lejanas gentes, hórridas y desamparadas en el alma y el cuerpo, resulta así virulento e hidrópico. La llaga la llevamos todos al costado. Y el gusano espera su hora para empezar a trabajar. Luego resulta demasiado asqueante enseñar tanta llaga, tanta miseria, cuando aún quedan algunos reductos donde la esperanza aún quiere realizarse. Un largo sarcasmo como el calofrío carnal antes de la muerte parece sacudir físicamente el cuerpo de la novela. Pero no llega a ser un esperpento valle-inclanesco, ni una bufonada quevedesca. Porque, aunque Rojas Herazo maneja muy bien el idioma, no alcanza la altura de Quevedo, el escritor español que escribió las mayores vulgaridades, exhibió las excrecencias humanas, todo enmarcado en una prosa de oro, tajante, filuda, amarga y trabajada por la muerte.

Fanatismos feroces; imbecilidades inenarrables; la purulencia del odio entre hermanos y amigos; feroz libelo contra un pueblo-aldea de una miserable condición humana. No es una novela, porque le falta unidad, movimiento, asomo de perplejidades que se van desarrollando a lo largo de una trama bien tejida. La escatología es muy difícil de manejar. Acaso los grandes satíricos franceses y españoles, lograron trasmontar con ella, con su pesado fardo hediondo, el horizonte de la gran literatura universal. Estos son cuadros desolados. No solamente emanaciones orgánicas, sino la masa purulenta con su descomposición animal, es lo que trae el escritor.

Y no estamos acostumbrados a caminar por albañales. Se puede hacer referencia a nuestra ínfima condición de orugas peludas, reptantes. Pero resulta que no podemos escaparnos a formar parte de la encapuchada y maloliente comparsa que viaja a pie rumbo a la mortaja. Se puede agonizar bajo los almendros o mirar el mar crespo, virulento, ancho y desnudo. Pero no se requiere que la vulgaridad penetre a raudales por los caminos del Arte.

Nada nuevo agrega *En noviembre llega el Arzobispo* a la literatura colombiana. La fetidez orgánica es consubstancial al hombre. Pero todos nos ocultamos para evacuarla. Un poco más de arte, de gran literatura, y Rojas Herazo puede hacerla, es lo que tenemos derecho a pedirle. El verismo, como el naturalismo, también tiene sus fronteras. Al menos para evitarle al lector las náuseas sartrianas o de las otras.

* * *

LA INFANCIA LEGENDARIA DE RAMIRO CRUZ
(Novela)—Por Mario Arrubla—Ediciones "Tercer Mundo".
Bogotá—Colombia—1967.

Mario Arrubla ha obtenido, suponemos nosotros, el mecenazgo de la Editorial "Tercer Mundo", para dar a la stampa esta aproximación a una novela. No sale muy bien librado del intento. Es una novela difuminada, carente de fuerza, sin logros vitales. Cuadro de niebla en remoto hontanar. Fábulas, endriagos, enanos, que en una época hicieron la delicia o fueron el terror de la infancia. La de otros tiempos. Porque la de hoy se asoma a un mundo de monstruos estelares y le ha perdido el miedo al Diablo, al "coco", a las viejas brujerías que ayer conspiraron contra nuestra propia niñez.

Todo en esta breve novela es vago, acuarela diluída, remota. El autor, acaso por falta de experiencia en este terreno, deja que se evaporen los personajes. El mismo Ramiro Cruz es una sombra de otra sombra. Su imprecisión es lo único tangible para el buen lector. Porque Arrubla no ha podido darle contornos, entregar su realidad, presentar el cuerpo del personaje. La niebla circuye la novela. Vaga atmósfera, pero sin nada alucinante. Le falta al autor, destreza, garra, ímpetu para crear los personajes. Muñecos de niebla que bailan frente al azogue de un espejo. Claro que esta novela es un atisbo. Claro que no logró ser un fruto verdadero. Pero esperemos. Arrubla puede alcanzar plenitud. La novela es

engañososa y cautelosa en sus comarcas. Y se requiere experiencia. Como decían los abuelos, démosle tiempo al tiempo. ¿Nos desengañará en el caso de Arrubla? La respuesta la daremos cuando publique su próxima novela.

* * *

DE ESTE LADO DE ESTA SOLEMNE SITUACION.
Poesía—Por Alvaro Sánchez Alfonso—Bogotá—1967.

Cada quien es libre de hacer poesía. Se puede ser romántico, simbolista, nadaísta, futurista, revolucionario. Esta última posición está de moda. Mañana habrá pasado. Como todo. Pero la protesta proletaria en verso, ya no convence a nadie. La poesía no puede ser panfleto social. La palabreja “revolución”, es tan manida que ya no asusta a nadie. El verso convertido en cachiporra proletaria carece de dimensión y temperatura. irremediablemente. Por el escotilón de lo social se están malogrando algunos de nuestros noveles poetas. Ni siquiera el gran Pablo Neruda logró darle a su poesía marxista forma alguna en la cual resplandezcan los elementos desconcertantes, hondos, vitales de la verdadera poesía. Claudicaciones y facilidades. Estar al día, como es de usanza en quienes no encuentran una evasión profunda o carecen de un mensaje poético en el cual solloce la sufriente criatura.

Sánchez Alfonso se ha propuesto buscar eso que llaman “toma de conciencia”. Y naturalmente sus poemas son gritos rebeldes, furiosas imprecaciones, rencor hacia un mundo burgués. Todo ello cabe bien en la novela y en el teatro. Pero la poesía no se ajusta a estos vientos ululantes. No sirve para conducir los potros crinados de la revolución. En todo caso, en su caso como en otros, es mejor sentarnos a esperar. Puede regresar y hallar la poesía, criatura celestial, tierna y abismal.